

CAPÍTULO II.

Primera nota de la Iglesia.

LA UNIDAD.

El primer carácter de la verdadera Iglesia es *la unidad*, que segun san Agustin, es el distintivo de todo lo bello. La Iglesia es *una* en su existencia, *una* en su fe, *una* en sus Sacramentos, *una* en su gobierno, y *una* en fin, en su cabeza. Deslindemos, mi querido Teófilo, estas importantes verdades que no debes jamás perder de vista.

§ I. *La Iglesia es una en su existencia.*

Para hallar pruebas de la unidad de la Iglesia, nos basta abrir el santo Evangelio, y en él veremos que nos dice Jesucristo: «Tengo además otras ovejas que no son de este aprisco; es necesario que las conduzca, pues así oirán mi voz y no habrá mas que un rebaño y un pastor (*San Juan x, 16*).» Por estas palabras puedes ver que el Salvador no tiene sino un *solo rebaño*, es decir,

una sola Iglesia sobre la tierra, una sola sociedad de verdaderos discípulos. La Iglesia, pues, es el rebaño de Jesucristo, y los individuos cuya reunion compone el cuerpo de la Iglesia son sus corderos y sus ovejas; bajo este nombre figurado los señala Jesucristo queriendo manifestar con esto cuán tierna es la solitud con que vela continuamente sobre ellos, como á su excelente y vigilante pastor. De ellos dice: *Oirán mi voz y no formarán mas que un solo rebaño y no habrá mas que un solo pastor*. Ahora bien, si *oyen su voz* deben estar unidos todos por una misma fe; si *no forman mas que un solo rebaño*, deben estarlo por una misma comunión; y si no tienen mas que un *solo pastor* no deben tampoco estar sometidos mas que á una sola y misma autoridad.

Jesucristo confió todo su rebaño al cuidado y á la autoridad suprema de un solo pastor, cuando dijo á san Pedro: *Apacienta mis corderos: apacienta mis ovejas*; sus corderos y sus ovejas constituyen la totalidad de su rebaño, figura de la Iglesia universal. La unidad, pues, en la fe, en la comunión, y en el gobierno espiritual, mi querido ami-

go, constituye esencialmente la naturaleza de la verdadera Iglesia, tal como fue instituida por Jesucristo.

El Salvador confirma esta verdad, cuando pintándonos su Iglesia como un *reino* del cual él es el jefe soberano, nos advierte que todo reino dividido interiormente será destruido. Cuando se nos presenta bajo la imagen de un *padre de familias* que envía jornaleros á trabajar en su viña, que pide cuentas á sus criados, etc., todas estas ideas, así de reino y familia, como de aprisco, ¿no indican desde luego la unidad de existencia y la union mas estrecha entre los miembros?

San Pablo lo expresa mas claramente cuando comparando la Iglesia cristiana con el *cuerpo humano* y los fieles á los miembros que lo componen, dice: «Así como nuestro cuerpo no siendo mas que uno, se compone de muchos miembros, que juntos no hacen, sin embargo, mas que un solo cuerpo; del mismo modo nos sucede con Jesucristo. Todos hemos sido bautizados en el mismo espíritu, para que unidos á él no formemos mas que un solo cuerpo... No

«debe haber division alguna en este cuerpo, sino que todos sus miembros deben ayudarse mutuamente; si uno de ellos sufre, todos deben compadecerle; si al contrario es honrado, todos deben participar de su satisfaccion; vosotros sois el *cuerpo de Jesucristo y miembros los unos de los otros* (*Cor. XII, 12, 27*).»

¿Podria, mi querido hijo, indicarse de una manera mas clara y mas sensible, la unidad de la Iglesia que con esta comparacion? Los miembros de la Iglesia de Jesucristo están unidos entre si como los del cuerpo humano; son alimentados por la participacion que todos tienen del mismo pan espiritual, así como los miembros del cuerpo participan del mismo alimento corporal. *Nosotros no formamos mas que un solo cuerpo*, dice en otro lugar el santo Apóstol, *ya que participamos todos de un solo y mismo pan* (*Cor. x, 17*). Los miembros de la Iglesia de Jesucristo no deberian por lo tanto estar animados sino de un solo y mismo espíritu, á saber, el de Jesucristo; así como los miembros del cuerpo lo son por una sola y misma alma.

Así esta perfeccion de unidad que existe en el cuerpo humano debe hallarse igualmente en la Iglesia que es el cuerpo de Jesucristo. No formais mas que un solo cuerpo en Jesucristo, y no habeis recibido mas que un solo espíritu, así como habeis sido todos llamados á una sola esperanza. Solo hay un Señor, una fe y un bautismo (Efes. iv, 4, 5). Con estas y otras semejantes expresiones san Pablo en muchos pasajes de sus cartas inculca mucho la necesidad de la unidad, como á base esencial de la creacion de la Iglesia de Jesucristo.

§ II. *La Iglesia es una en su fe.*

Para formar la unidad de la Iglesia, era necesario conducir todas las naciones al conocimiento de Jesucristo, que es uno; instruir las y reunir las en un solo cuerpo por medio del bautismo, que es uno; y determinarlas á cumplir todo lo que Jesucristo habia ordenado, y esta es la mision sublime que da á sus Apóstoles antes de subirse á los cielos. *Id.*, les dice con este tono de seguridad que no puede tener mas que un Dios, *id.*, *é instruid á todos los pueblos, bau-*

tizándolos y enseñándoles como deben observar todas las cosas que os he mandado (San Mat. xxviii, 19, 20).

Así, mi querido amigo, lo que Jesucristo ha mandado á los hombres que creyesen y practicasen para salvarse, habla con todas las naciones, y comprende todos los siglos; así, no ha mandado por ejemplo que en un país se admitiese y enseñase la doctrina de un solo Dios en tres personas, y que en otro prevaleciese la de los unitarios. No ha establecido que en un siglo se creyese en la divinidad de su persona, y en otro pudiese negarse. No ha ordenado que el bautismo se administrase en un distrito, y no en otro.

Pero lo que sí ha mandado muy particularmente, es que en todas las naciones y en todos los siglos se enseñasen los mismos dogmas, se administrasen los mismos Sacramentos, y se ejerciese la misma autoridad. Luego Jesucristo fundó su Iglesia sobre las bases de la unidad.

No hay mas que una fe, dice san Pablo, y no puede haber por lo tanto, sino una misma profesion de fe. Solo Jesucristo *ha tomado inmediatamente de su Padre*, todas las ver-

dades que ha enseñado después á los hombres, y *no se halla en él el sí y el no*, dice el grande Apóstol. Las mismas verdades que Jesucristo enseñó á sus discípulos y Apóstoles, ellos las predicaron y enseñaron á todo el universo. Los hombres apostólicos y los sucesores de los Apóstoles nos han transmitido lo que habian recibido primero de sus maestros.

La fe de la Iglesia no se ha alterado un punto en la sucesion de los siglos ni por la diversidad de los conductos que la han extendido por el mundo, ni por la diferencia de los ministros que la han enseñado, ó de los pueblos que la han recibido. La Iglesia jamás ha tolerado en su seno á aquellos que profesaban otra fe diferente de la suya. Por mas libertad que haya dejado á sus hijos para disputar sobre los puntos no decididos todavía, ó no bastantemente declarados, sin embargo ha querido siempre que en cuanto á los artículos de su fe todos tuviesen un mismo modo de pensar y usasen de un mismo lenguaje.

§ III. *La Iglesia es una en sus Sacramentos.*

La participacion de unos mismos Sacramentos es otro lazo exterior que une entre sí todos los miembros de la Iglesia, que forma de ellos un solo cuerpo, y sin el cual no pueden pertenecer á ella. La Iglesia, dando á todos sus hijos unos mismos medios de salvacion, forma una sola familia de todos los fieles, por diseminados que se hallen. Luego, tambien por los Sacramentos que son unos mismos en todas partes, igualmente que por la fe, la Iglesia es verdaderamente *una*. Así por el Bautismo admite á la unidad de su cuerpo los miembros que la componen.

Por esto no hay mas que un *Bautismo*, dice el Apóstol. La Iglesia ha creído siempre que era un crimen el reiterarlo, porque debe tener el carácter de la unidad que él establece entre los fieles. Por este Sacramento, los fieles, muertos, y resucitados con Jesucristo, son *una misma cosa en él*, y no hay ya *diferencia entre el judío y el gentil*, entre el griego y el bárbaro, sino que todos se convierten en Jesucristo en

nuevas criaturas. A propósito de esto, dice san Agustín, « que no solamente lo que nos « lava y purifica, es una misma cosa, sino « que somos lavados y purificados para ser « una misma cosa, habiendo sido bautiza- « dos no para formar muchos cuerpos, si- « no para constituir un solo cuerpo. »

Para figurar esta unidad, mi querido amigo, como igualmente para formarla de la manera mas excelente y mas divina, instituyó Jesucristo la Eucaristía, la cual por lo mismo se distribuye á los fieles. Para manifestar esta unidad, Jesucristo se oculta en la Eucaristía con los símbolos de la union mas perfecta, bajo las apariencias del pan, el cual, de muchos granos molidos y amasados juntamente, es formado en un solo cuerpo; y bajo las apariencias del vino, que de muchos granos de uva exprimidos en el lagar, no hace mas que un solo licor. Para consumir esta unidad, el mismo Jesucristo escondido bajo estos velos es nuestro alimento, y quiere que *comamos el mismo pan y bebamos el mismo cáliz*, para no ser mas que un solo cuerpo.

Todos los otros Sacramentos contribuyen

á la misma union, cada uno segun la gracia particular que lleva consigo. Y en cuanto á los signos ó símbolos exteriores, todos los Sacramentos tienen unos mismos signos para todos los fieles que los reciben. Las otras ceremonias de la Iglesia pueden ser diferentes y varias, segun el tiempo ó el lugar; pero lo que constituye la esencia del Sacramento, en todas partes y en todas ocasiones es lo mismo.

Así como pertenecemos á la Iglesia y á la unidad de su cuerpo participando de sus Sacramentos, y siendo estos los mismos para todos; por el contrario privando y excluyendo de dicha participacion de los Sacramentos, desprende la Iglesia de su cuerpo á aquellos que han merecido ser separados de él. Tal es la costumbre que ha guardado en todos los tiempos, y aun desde el de los Apóstoles, con respecto á los que juzga dignos de ser excomulgados. Priva de los lazos, como igualmente de los socorros de su comunión á aquellos á quienes se ve obligada á castigar con tales penas, y que se han hecho indignos de comunicarse con ella. Cualquiera que sufra

semejante castigo en fuerza de una sentencia legítima, ya no es de la Iglesia, y ya no pertenece á su unidad. Antes de la sentencia, el culpable, aunque no era condenado, no era en el cuerpo de la Iglesia sino como un miembro muerto; estaba todavía unido á ella por lazos exteriores: era una rama seca, pero pegada aun al tronco. Y por efecto de la excomunion todos estos lazos se rompen.

§ IV. *La Iglesia es una en su gobierno.*

La sumision á los mismos pastores es tan necesaria como la fe y los Sacramentos para participar de la unidad de la Iglesia. En efecto, mi querido Teófilo, no es mas que un solo rebaño conducido por unos mismos pastores, cuyo jefe supremo es Jesucristo, *el grande Obispo de nuestras almas*, el cual para formar su Iglesia y guiarla, estableció otros pastores que le están sujetos como al jefe y pastor invisible, y á quienes comunicó su poder.

Como obran y gobiernan en su nombre, él es á quien debemos respetar en su ministerio; él á quien escuchamos cuando

escuchamos á sus ministros; á él despreciamos y contra él nos rebelamos cuando hacemos lo mismo con sus ministros; y finalmente de él nos separamos cuando nos separamos de los mismos.

Habiendo dado á cada uno de ellos el grado de autoridad que le convenia, atendido el lugar que ocupa y el ministerio que ejerce, le desobedecemos si les rehusamos la obediencia legítima que él mismo ha prescrito, y es resistir á sus órdenes, el resistir al poder que les ha conferido.

§ V. *La Iglesia es una en su cabeza.*

Para consolidar en algun modo esta unidad de la Iglesia, y para manifestarla mas claramente, Jesucristo, después de haber elegido sus Apóstoles para ser bajo sus órdenes los fundamentos de la Iglesia, y habiéndoles igualmente honrado con la dignidad del apostolado, con la mision de convertir el universo, con la facultad de predicar el Evangelio y de fundar Iglesias; en fin, con el carácter episcopal que les era comun, escogió á Pedro para ser su cabeza para representarle entre ellos como á

su vicario, y ocupar visiblemente su lugar sobre la tierra, después de su Ascension.

Jesucristo dió á Pedro el primado, no solo de honor, sino tambien de jurisdiccion en toda su Iglesia; quiso que su silla fuese el centro de la unidad, y que el primado que le habia conferido, pasase del príncipe de los Apóstoles á sus sucesores, á fin de que asi como su Iglesia debia durar por todos los siglos, se conservase igualmente por todos los siglos la unidad de la misma Iglesia. Por este medio ha asegurado á su Iglesia para siempre una misma cabeza visible que es el sucesor de san Pedro. Dió el primado á Pedro, dice san Cipriano, para que se reconociese la unidad de su Iglesia, y la unidad de la Cátedra en la propia Iglesia.

De todo lo que acabamos de decir, mi querido hijo, es fácil concluir que los fieles se hallan unidos al cuerpo de la Iglesia por cuatro lazos: la fe, los Sacramentos, la subordinacion á los pastores legítimos y la unidad de la cabeza visible, y que si se desprende de uno de estos cuatro lazos ya no pertenece al cuerpo de la Iglesia.

EJEMPLO.

NOTABLE CONVERSION DE MADAMA DE STAFFORD.

El conde de Stafford, uno de los mas ilustres señores de Inglaterra, vivia hacia algunos años en Abbeville con su esposa tan buena protestante como él era buen católico. La conversion de la condesa, á quien por sus excelentes cualidades amaba entrañablemente, era el objeto de sus mas ardientes deseos; y cuando Monseñor de la Mothe, obispo de Amiens, iba á Abbeville, el señor de Stafford le rogaba encarecidamente que convirtiese á su esposa. «Dios es el que convierte, le decia el prelado; «mas haréis vos con vuestras oraciones, que no podría hacer yo con mis palabras.»

Le habian hablado mucho á la señora de Stafford de san Francisco de Sales, y le habian manifestado su dulzura y amenidad; y ella contestó una ocasion que si le podian encontrar un obispo que se le pareciese, creia que lograria su conversion. Se lo prometieron, y no fue por cierto nada temerario el empeño contraido, supuesto que se le podia presentar el de Amiens. Vióla en efecto el prelado, con ocasion de visitar á su marido. Confesó la señora de Stafford que encontraba en él todo lo que le habian dicho; concibió por él un grande respeto; pero estaba todavia muy distante de su conversion.

El señor obispo de Amiens, la primera vez que la vió no le dijo una palabra de religion: queria granjearse un poco su confianza antes de dirigirle los primeros ataques. Un dia finalmente le pregun-

tó, si estaba bien tranquila en cuanto á su creencia, y si verdaderamente no tenia escrúpulo alguno con respecto al cisma. *Monseñor*, le contestó ella que era muy instruida, *á nadie temo con mi Biblia*. Esta fue la única respuesta que el prelado pudo recabar de ella. El obispo protestante de Londres, cuyos consejos seguia, le habia recomendado que se mantuviese firme en la misma contestacion.

La gracia entre tanto iba preparando su victoria, y las palabras del santo Obispo habian producido esas reflexiones y esas inquietudes por las cuales empiezan las revoluciones mas felices. Para calmar su espíritu agitado, la señora de Stafford veia de cuando en cuando el obispo de Amiens, y las conversaciones que con él tenia hacian siempre una nueva impresion en su alma. Pero lo que mas la movió, fue un sermón que predicó el dia de san Juan Bautista, en las Ursulinas de Amiens. Después de haberlo oído, sintió en su corazón un vivo deseo de tener la misma creencia, que el predicador que tanto la habia edificado.

Le quedaban sin embargo todavía algunas dudas acerca el santo sacrificio de la misa y el purgatorio, las que fué á proponer al santo Obispo; y este sin disputar con ella y sin atacar directamente sus preocupaciones, creyó deber hablarla para desengañarla, en estos términos: «Señora, conocéis al obispo de Londres y teneis confianza en él. Pues bien, os suplico que le escribais lo que voy á decir: el obispo de Amiens me ha dejado parada con lo que me ha dicho; esto es, que si vos podeis negar el que san Agustin, á quien nosotros tenemos tambien por uno de los mas grandes doctores,

«haya dicho misa, y haya rogado por los difuntos y principalmente por su madre, él se hará tambien protestante.»

Siguió la señora de Stafford este consejo; y teniendo su marido que hacer un viaje á Londres, le encargó llevase una carta suya al obispo de dicha ciudad, y le volviese la contestacion. Le pidió al mismo tiempo que no se diese á conocer, lo que no era muy difícil atendido que el señor de Stafford habia permanecido mas tiempo en Roma que en Inglaterra. La carta fue entregada al prelado anglicano; y habiendo ido á pedirle la contestacion el señor de Stafford, para volverla á la señora que se lo habia encargado; le dijo el obispo de Londres, que ella habia respirado un aire contagioso que la habia seducido; que lo que él podria escribirle, probablemente no remediaría el mal, y que su carta no serviría sino para dar lugar á comentarios muy distantes de su pensamiento.

La señora de Stafford se picó con semejante respuesta, y aunque era protestante de buena fe é incapaz de dejar su religion por ningun respeto humano; no obstante concluyó que el obispo de Londres no le respondia porque no habia encontrado respuesta. Este silencio de parte de un hombre que habia merecido toda su confianza contribuyó mucho á disipar las prevenciones que tenia contra la Religion católica; mas lo que acabó de decidirla para abrazarla, fue 1.º que ningun católico queriendo agradecer á Dios, se ha hecho protestante; cuando al revés muchos protestantes queriendo darse á Dios, se han hecho católicos; 2.º que los protestantes tienen por santos á doctores que han enseñado constan-

temente una doctrina contraria á la suya, confesando por lo mismo, que se puede ser santo, creyendo lo que han creído dichos doctores.

Después de haber meditado profundamente estas dos reflexiones tan sencillas, que le sugirió el santo obispo de Amiens, la señora de Stafford advirtió sus errores, reconoció la verdad, y después de haberse preparado con un retiro de ocho dias á un convento de religiosas, abjuró su falsa religion delante del señor obispo de Amiens. Su conversion fue tan sólida como sincera. Después de haber abrazado la Religion católica, cumplió con todos sus preceptos, y hasta su muerte no dejó nunca de edificar á la Francia y á la Inglaterra con sus virtudes y piedad.

(*Anécdotas cristianas*).

CAPÍTULO III.

De la verdad de esta maxima:

Fuera de la Iglesia no hay salvacion.

Esta maxima *fuera de la Iglesia no hay salvacion* resulta naturalmente de la unidad, primer carácter de la verdadera Iglesia de Jesucristo; y no obstante, apenas se pronuncian estas palabras, que se oyen de todas partes gritos de barbarie é intolerancia. Debemos, pues, mi querido Teófilo, mos-

trar que estas declamaciones descubren la mas crasa ignorancia ó la mas exquisita mala fe en aquellos que son sus autores. Para esto sentarémos primero la verdad de esta máxima, y luego explicarémos su verdadero sentido, segun los principios de la sana teología.

§ I. *Pruebas de esta máxima.*

Es cierto que hay un Dios, y que el hombre que es su criatura está obligado bajo pena de la condenacion eterna, á obedecerle; es decir, á hacer su voluntad, y á honrarle del modo que él mismo le ha prescrito. Ahora bien, esta sola verdad fundada por otra parte en el sentido comun, prueba que hay *una Iglesia, una religion, fuera de la cual, no hay salvacion*. Quiero decir, una verdad sin la cual no hay luz, una virtud sin la cual no hay virtud.

Debemos convenir primeramente, hijo mio, en que hay una Religion verdadera que Dios ha dado al hombre para hacerle conocer la verdad y procurarle la salvacion. El que se atreviese á sostener que todas las religiones son falsas, para tener